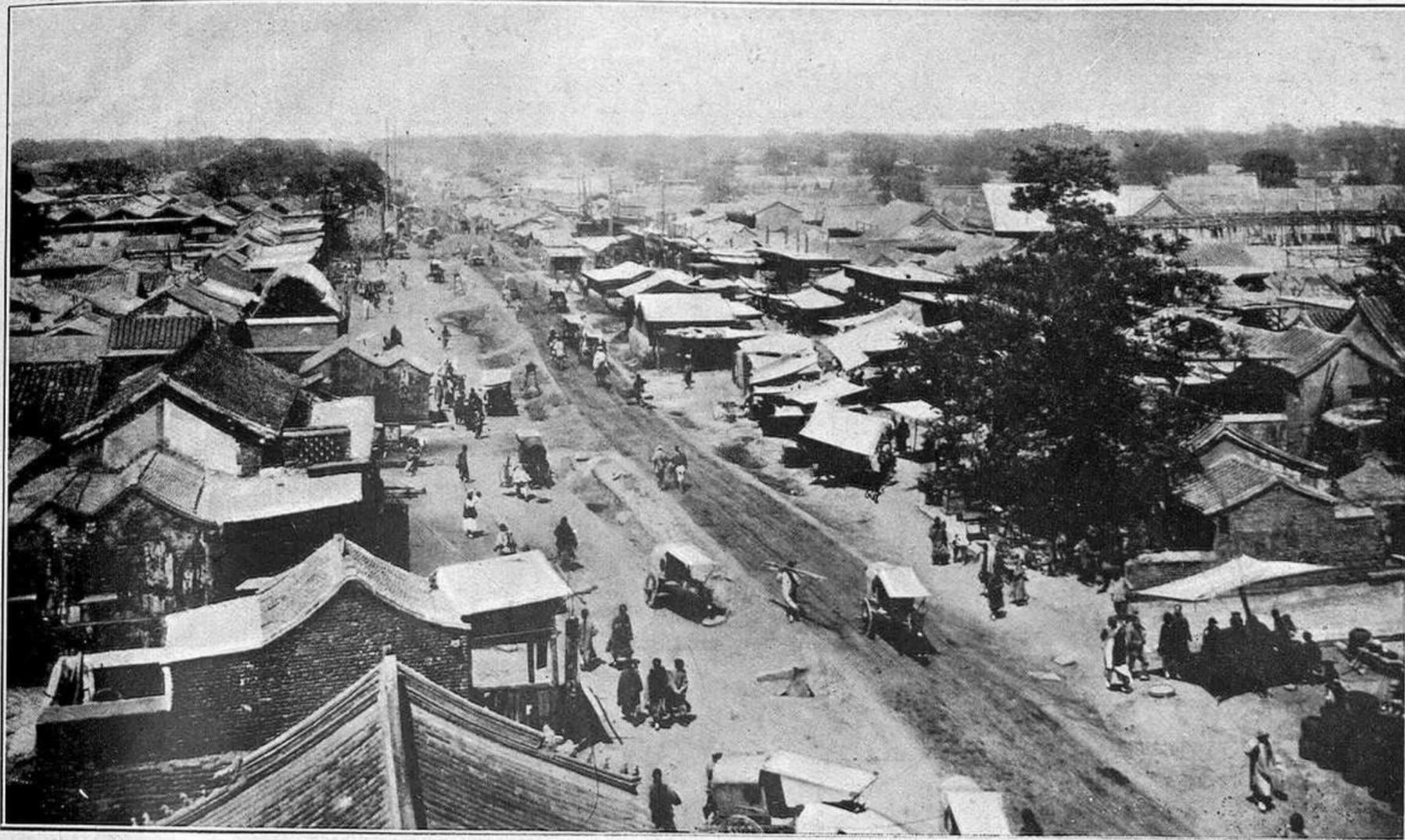


UN TEMPERAMENTO REVOLUCIONARIO

EL FUNDADOR DE LA REPÚBLICA CHINA



Ante el inminente peligro de una probable invasión de Pekín por las tropas sudistas, los habitantes manchurianos han huído de la ciudad china. He aquí una vista de uno de los barrios más afectados por el éxodo

(Fot. Marín)

EN el cuadro del conflicto de los partidos políticos en China—ha dicho un comentarista francés—falta hoy uno de los principales personajes: aquel cuyo nombre simboliza las tres tendencias claramente discernibles en el caos de la situación presente: anarquía, xenofobia y bolchevismo, el jefe del Gobierno del Sur, Sun-Yat-Sen.»

Agitador vulgar para sus adversarios, ó héroe nacional, como le aclaman sus amigos, Sun-Yat-Sen fué el fundador de la República china; una réplica, podría decirse, de Lenin, con la diferencia esencial de que el revolucionario ruso no mancha sus manos en sangre.

Su figura ha sido—y ello demuestra hasta qué punto es interesante—la mejor estudiada de la Revolución china. Linebarger, amigo de juventud y compañero de aventuras de Sun-Yat-Sen, publicó en 1825 en Nueva York, un libro titulado *Sun-Yat-Sen y la República china*. Palmieri publicó un estudio acerca de él en la revista italiana *Política*; Mauricio Lewandowsky, otro en la *Revue de Deux Mondes*, y el R. P. Wieper ha estudiado también la interesante figura cuyo recuerdo tiene actualidad en los actuales momentos de agitación china, tan directamente relacionados con la acción del revolucionario.

•••••

Sun-Yat-Sen nació en 1866 en un pueblecillo llamado Choy-Hung; pero su verdadera patria fué Cantón, la ciudad china más en contacto con el mundo, y donde el reflujo de emigrantes mejor podía engendrar fermentos revolucionarios.

Antes de ir á Cantón había frecuentado la escuela de su pueblo; pero en ella pudo aprender muy poco; nada, por ejemplo, de Geografía, porque el Emperador la había prohibido, y los mu-



YEN - CHI - CHEN

Nuevo dictador chino, que formará su Gobierno con el ex Presidente del Consejo Tang-Chi-Chen. La subida de Yen-Chi-Chen al poder podría desencadenar la guerra de China con el Japón

(Fot. Keystone)

chachos de Choy-Hung creían que el mundo estaba reducido á China, gobernada por el Hijo del Cielo, dueño del mundo. Uno de los mayores asombros juveniles de Sun-Yat-Sen fué al ver un mapa y enterarse de que fuera de China había montañas, ríos, mares, continentes...

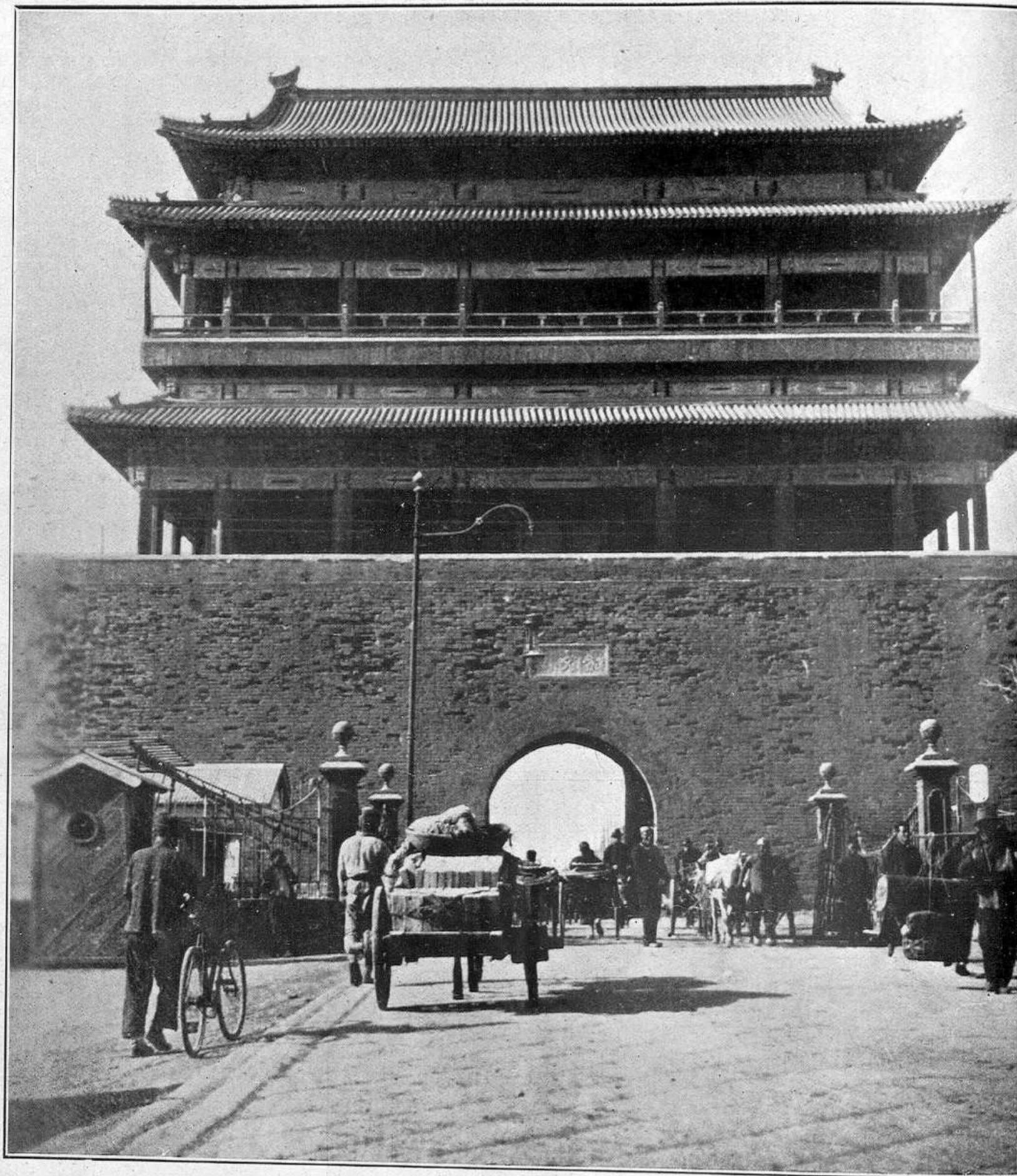
Otra vez, la lectura de la Biblia le asombró, descubriéndole que la vida terrestre tenía un «más allá»; tampoco la enseñanza de la religión entraba en los programas de su escuela ni en los hábitos de su ambiente familiar; así, Sun-Yat-Sen fué cristiano, y el cristianismo dió á su espíritu una amplitud de que le hubieran privado las religiones de su país, el confucismo, el budismo, que tienen á China secularmente anquilosada.

A los catorce años fué á Honolulu, donde un hermano suyo tenía comercio, y allí permaneció tres, completando ó, mejor, haciendo su educación y aprendiendo inglés en una *English Missionary Bishop School*.

Como el general Feng-Yu-Tsiang, sacó de su convivencia con los ingleses una impregnación espiritual de modernismo que llevada á la China inmovible á través de los siglos, había de ser terriblemente revolucionaria.

Al volver á su pueblo, en 1882, Sun-Yat-Sen no pudo ya adaptarse á la vida rural china; sus convecinos, además, teniéndole por hereje, le hicieron la vida imposible; y al fin, cuando, haciendo ostentación de su desprecio por la religión y las tradiciones nacionales, mutiló una estatua del Emperador, le expulsaron. Fué ponerle en camino para que sus ideas revolucionarias lograsen la mayor expansión.

Entonces, en efecto, el futuro revolucionario se fué á Hong-Kong, entró en las escuelas británicas y estudió hasta lograr su título de médico cirujano.



La Puerta principal, llamada Halamen, de Pekín

(Fot. Marín)

Su espíritu revolucionario continuó así formándose por la acción súbita sobre su cerebro oriental, á quien el ambiente nacional cierra todos los horizontes, de las ideas occidentales. Es el fenómeno clásico en los chinos educados fuera de su país; como todos ellos, sin embargo, después de esa educación, Sun-Yat-Sen resultó fu-ribundamente xenófobo. «Fue—ha dicho Palmieri—el símbolo de una China ganosa de romper los lazos con el pasado, para unificarse por encima de las patrias chicas en un amplio movimiento de emancipación».

Médico ya, se estableció en Macao, y comenzó su obra política, creando el partido de «La China joven», al que se afiliaron pronto todos los que creían posible sacudir la inercia china por la virtud de las fórmulas europeas. De allí fué

á Cantón, donde una enorme masa de emigrantes repatriados, influídos ya por las civilizaciones occidentales y capaces de comprenderle, podían ser muy ardientes propagandistas del movimiento revolucionario.

Pasando de la idea al hecho, en 1893 organizó una conspiración contra el Hijo del Cielo, haciendo propaganda con Linke Dum, principalmente entre los soldados; su plan era derribar por un movimiento revolucionario al Gobierno de Pekín.

Pero el complot fué descubierto: Linke Dum fué ejecutado, y Sun-Yat-Sen tuvo que huir.

Aquel destierro fué fecundo para la revolución; el desterrado viajó por el Japón, las colonias británicas, Inglaterra y América; por todos los países á que la emigración había llevado gran-

des núcleos chinos, en los que hacía constante propaganda de sus ideas mientras ganaba su vida como médico. Aquellos ambientes eran enormemente propicios á su acción; formados por estudiantes y mercaderes con ideas modernas y en feroz lucha para vivir en ambientes hostiles, ganó pronto millares de partidarios para la causa de la emancipación china y también para su terrible xenofobia.

El Japón y los Estados Unidos, además, aunque con fines muy distintos, fines, en definitiva, de conquista económica, contrarios al espíritu del revolucionario, le ayudaron en sus propagandas.

Así, cuando llegó á Inglaterra, la Legación de su país se apresuró á detenerle, dispuesta á enviarle á China, para que allí sufriese la suerte de

Linke Dum; sus amigos denunciaron al Gobierno británico que había sido apresado en territorio inglés, y la Legación, no sin defender su presa, tuvo, finalmente, que ponerle en libertad.

Volvió, finalmente, á China, y á la sombra de una propaganda nacionalista, hizo la de un programa republicano, que pedía para China una constitución semejante á la norteamericana.

«Queremos—dijo al declararse, en 1907, jefe del partido revolucionario—una revolución emancipadora, porque no podemos tolerar que un grupo se atribuya el monopolio de todas las riquezas; porque no podemos tolerar que un solo hombre centralice en su persona todas las prerrogativas del poder. Queremos una Revolución social, porque no queremos tolerar que un grupo de capitalistas monopolice todas las riquezas del país.»

Hasta 1911, sin embargo, y pese á los esfuerzos de las sociedades secretas, abundantes entonces en China, como siempre en todos los países oprimidos, Sun-Yat-Sen no pudo pasar de la teoría; en esa fecha logró la alianza del general Hwan-Hsing, y la revolución comenzó á «marchar». Su primer intento fracasó; pero el 10 de Octubre de aquel año estalló en Oy-Chang-Yon el movimiento definitivo; regimientos armados á la europea se sublevaron; pusieron á su cabeza al coronel Li-Yuan-Houng, que en los primeros momentos se había ocultado, no obstante, bajo una cama, se apoderaron del arsenal, y, constituyendo un ejército, se instalaron en Hankeon y amenazaron á Pekín.

Un historiador ha recogido las siguientes efemérides curiosas de aquel período:

El 4 de Noviembre, Shanghai proclamó la República.

El 5 de Noviembre, el Gobierno imperial promete la transformación del Imperio en Monarquía constitucional.

El 9, Cantón, á su vez, proclama la República.

El 2 de Diciembre, Nankin, tomado por los revolucionarios, hace igual declaración.

El 6 de Diciembre, la Emperatriz heredera firma un decreto admitiendo la dimisión al regente.

El 11, armisticio, y proclamación de la unión de todos los chinos.

El 27, Sun-Yat-Sen, regresa, al fin, del Extranjero, y provoca el máximo entusiasmo; Nankin le envía emisarios anunciándole que ha sido elegido presidente interino, é invitándole á formar un Gobierno republicano.

El 1.º de Enero de 1912, Sun-Yat-Sen atiende el mandato, se constituye presidente, nombra vicepresidente á Li-Yuan-Houng, cuya muerte le acausado estos días el telégrafo, y promulga una constitución provisional, calcada en la de Norteamérica, pero con más amplios poderes presidenciales.

El 12 de Febrero abdicaba la dinastía, y el 15, un Parlamento, por consejo de Sun-Yat-Sen, elegía presidente de la República china á Yuan-Che-Kai, que había sido traidor al Imperio, y lo fué luego á la República; era un ambicioso que pretendía aprovechar el poder para reconstituir el Imperio y proclamarse emperador.

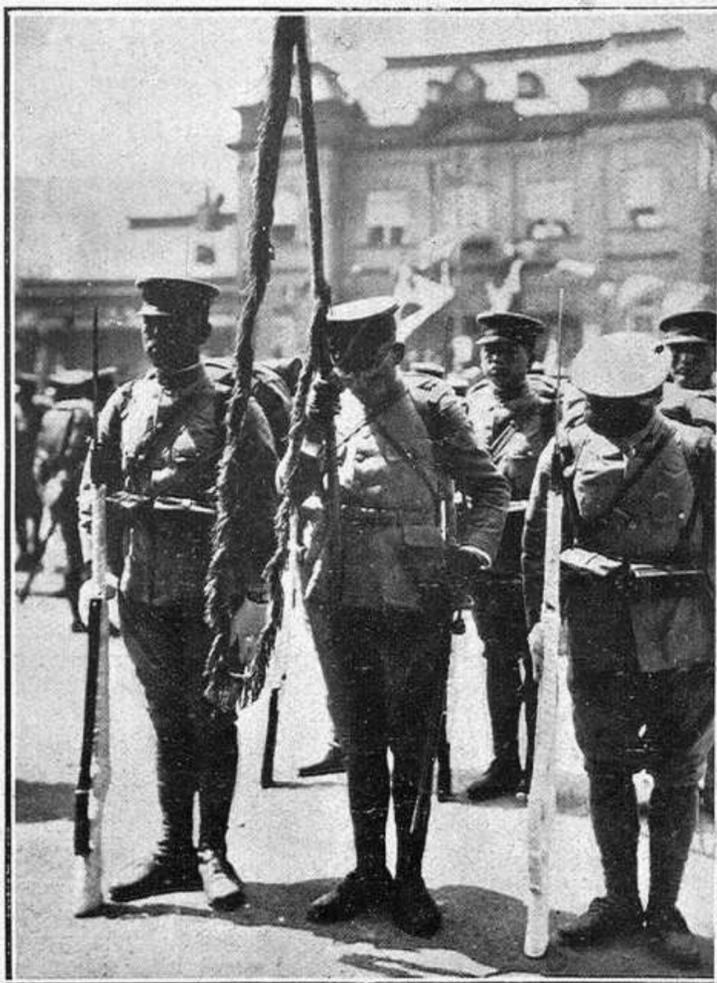
Sun-Yat-Sen, entretanto, pretende organizar la economía nacional, y sobre todo los ferrocarriles; pero inhábil para hacerlo, fracasa, y el fracaso le hace volver á su verdadero papel de revolucionario.

La vida agitada y revolucionaria es imposible de seguir paso á paso; lucha contra el ambicioso Yuan-Che-Kai, subleva á Shanghai y á Nankin, huye al Japón. Retorna cuando su antiguo aliado Li-Yuang-Houng ocupa, al fin, la presidencia. Acrecienta el abismo siempre abierto entre el Norte y el Sur. Constituye un Gobierno provisional en Cantón, y lanza un programa propugnando la federación de las provincias chinas, la instrucción obligatoria, el licenciamiento del ejército. De nuevo es elegido presidente frente al Gobierno de Pekín; pero las potencias extranjeras no reconocen el de Sun-Yat-Sen.

Poco después, el presidente pekinés Su-Ché-Thong dimite «con el corazón más amargo que la achicoria», y es reemplazado por Li-Yuan-Houng, antes colaborador y ahora enemigo de Sun-Yat-Sen; y éste, traicionado, además, por el jefe de su ejército, el general Tchen-Kroing-Ming, tiene que huir, refugiándose en un cañonero que le sigue siendo fiel, y desde el que lanza una proclama diciendo: «Vivo aún, y conmigo vive la democracia. Voy á bombardear Cantón para protestar contra el militarismo y demostrar que el Gobierno protector de la ley no ha sido destruido.»

Pero no realiza su amenaza. Va á Hong-Kong y luego á Shanghai á continuar su acción revolucionaria.

En su política de revolucionario aparece entonces una nueva orientación que constituye la más seria amenaza para las potencias extranjeras en China. Sun-Yat-Sen elabora en el seno de su partido un proyecto de triple alianza chino-ruso-alemana, con matiz soviético, cuya base constituirán los soldados licenciados, constituyendo un cuerpo de trabajadores. A esa política



Fuerzas del ejército japonés dispuestas á embarcar para China

se entrega cuando entra más en contacto directo con los dos agentes de propaganda bolchevique Adolfo Abramovith y León Karakhan, que se convierten en sus más poderosos auxiliares, y con los cuales se compromete á hacer la alianza del Sur de China con la Rusia soviética.

Recordemos, para hacer más comprensibles al revolucionario y á su obra, que desde 1914 fué resueltamente contrario á la entrada de China en la gran guerra al lado de los aliados. Para él el interés de su país estaba no sólo en abstenerse, sino en impulsar al Japón á expulsar á los europeos del Extremo Oriente.

A partir de aquella época se acentuó la penetración del bolchevismo con Karakhan en Pekín y Borodine en Cantón, delegados especialmente para mantener el contacto directo de Moscú con sus nuevos aliados. Sun-Yat-Sen, envalentonado con aquel apoyo, vuelve á Cantón en 1923, reorganiza su Gobierno y le pone frente al del general Yerg-Yu-Scaig, dueño entonces de la capital china.

En esta última fase de su vida política, confusa y llena de incidentes de todos géneros, se agita vanamente en su constante ambición de des-

empeñar el primer papel, y trata de reconstituir la unidad nacional china frente al Extranjero; pero sólo consigue demostrar su impotencia. Sin ejército que oponer á los generales que se han dividido, China se empeña estérilmente en dominar la situación lanzando discursos y manifiestos. Se encara entonces contra las potencias extranjeras, á las que acusa de ser el obstáculo para la unificación de China. En el mensaje que las dirige, en nombre del Gobierno del Sur, se encuentra toda la fraseología bolchevique.

Sun-Yat-Sen estaba entonces, en efecto, bajo la influencia rusa. Enteramente entregado en absoluto al Embajador de la Rusia bolchevique, del que esperaba apoyo para hacer triunfar la política nacionalista china, suponía en las potencias extranjeras una labor anarquizante, destructora de China, en favor de los pueblos occidentales, que no le dejaba verdaderamente que el único error de ellas consistía en no darse cuenta de que al reconocer al Gobierno de Pekín frente al del Sur habían dado inconscientemente su apoyo al militarismo chino, verdadero autor de la agitación constante en el país y de la inestabilidad de los Gobiernos, que no eran realmente verdaderos Gobiernos de China.

Con ese programa, Sun-Yat-Sen decidió ir á Pekín á imponerle, y con él su colaboración en el Gobierno.

Antes de ir á Pekín pasó por Shanghai, y la recepción poco cordial que allí le hizo el partido mercantil—tan íntimamente relacionado con las Concesiones á extranjeros—enardeció aún más su xenofobia y le impulsó á dirigirse al Japón á predicar la unión fraternal de los pueblos amarillos contra la de occidente, con la única excepción de Rusia.

Por fin, vuelto á China, entró en Pekín el 31 de Diciembre de 1924, en medio de delirantes aclamaciones de la muchedumbre, movida por profesores y estudiantes muy afectos á él.

Aquel recibimiento fué de buen pronóstico para él, ya que pensaba imponer sus condiciones á la «Conferencia de Reorganización», convocada por el presidente Tuan-Chi-Yin. Contaba, además, para conseguirlo con el apoyo decidido del Embajador soviético Karakhan, cuyos intereses servía y esperaba lograr al fin la ayuda de Rusia por que tanto había luchado.

No pudo realizar su propósito; enfermo desde muchos años, su enfermedad se agravó en el Japón, y mucho más en Pekín, y tuvo un desenlace mortal el 12 de Marzo.

Desde aquel instante, Sun-Yat-Sen quedó convertido en héroe nacional; el pueblo chino manifestó su admiración ilimitada por el revolucionario que era para él el fundador de la República.

Su entierro tuvo los más agudos caracteres de un duelo nacional, al que se unieron muy ostensiblemente la embajada soviética con Karakhan al frente y el Nuncio apostólico.

En su testamento, Sun-Yat-Sen había manifestado el deseo de ser enterrado en un féretro de plata traído de Moscú y copia exacta del de Lenine. Era el último de sus gestos simbólicos. Para él, que al proclamarlo recordaba haber viajado mucho y haber conocido muchos hombres, Lenine era de todos ellos el de corazón más tierno...

Han pasado los años desde la muerte de Sun-Yat-Sen y aún no ha fructificado la semilla de sus predicaciones; poco á poco se ha ido extinguiendo el brillo de su aureola, y sus enemigos han podido explotar para apagarla la intimidad soviética.

Sin la evolución de su política en los últimos años de su vida, Sun-Yat-Sen hubiese tal vez impuesto sus ideas primitivas menos impregnadas de xenofobia y de bolchevismo, y más directamente conducentes á la unidad nacional que fué su sueño.

Una vez más, el exceso de celo y el error engendrado por el espejismo ruso malograron una gran obra.